

FELIZ ACONTECIMIENTO
obra en tres actos
original de
SLAWOMIR MROZEK
traducción de
VIOLETTA BECK y JORGE SEGOVIA

PERSONAJES

MARIDO
MUJER
HOMBRE
ANCIANO
NIÑO

ACTO PRIMERO

Pared al frente. En medio de la pared, puerta grande de doble hoja. Limitando la puerta, columnas y moldura. Están pintados. A un lado de la puerta hay un nicho pintado sobre el que descansa el busto de un héroe antiguo o filósofo. Sobre la pared, tapetes en tono púrpura y oro. La pared no cierra la altura total del escenario, sólo la tapa. No es muy alta. En el escenario dos sillas mullidas y una mesa ovalada. Sobre la mesa una bandeja, y encima de la bandeja, garrafa y dos copas, también un envoltorio con dulces.

(Por la derecha del escenario entran el MARIDO y el HOMBRE. MARIDO: chaqueta de smoking de color rojo, pantalones de hilo, zapatos de charol. Pelo con fijador y bigote muy arreglado. HOMBRE: jersey muy gastado, pantalones de pana, zapatos ordinarios. Al cuello, una bufanda larga y roja. Sombrero blando y gafas con montura de alambre. Pelo largo, denotándose que lleva muchos días sin afeitarse. En una mano porta una maleta vieja, en la otra un periódico.)

MARIDO: Si se trata de usar el cuarto de baño, nosotros, yo, mi mujer, y mi padre, no lo usamos nunca. Entonces usted tampoco tendrá necesidad de usarlo.

HOMBRE: (Moviendo el periódico.) Pero en el anuncio está muy claro.

MARIDO: ¿Cómo?

HOMBRE: Lo del cuarto de baño.

MARIDO: ¿Qué dice? ¿Dónde?

HOMBRE: Aquí. (Lee.) "...el cuarto de baño de estilo. Mármol..."

MARIDO: ¿Sí? Sabe usted, es muy posible. Sí, verdaderamente posible.

HOMBRE: ¿Posible? Léalo usted mismo.

MARIDO: No es necesario. Yo mismo he puesto ese anuncio.

HOMBRE: ¿Entonces?

MARIDO: Creo que no se puede quejar por la falta de estilo. Le ruego que mire la puerta de la habitación del abuelo. Puro estilo César. Aparte de eso, yo, mi mujer y mi padre... Verá usted. Oh, no le faltará estilo. En nuestra casa sobre todo hay estilo.

HOMBRE: Pero no hay cuarto de baño.

MARIDO: No hay. Pero le aseguro a usted que si hubiera sería más grande que sus ilusiones. Sería una maravilla. En nuestra familia...

HOMBRE: Le creo. Entonces enseñeme mi habitación.

MARIDO: ¿Su habitación?

HOMBRE: (Lee) "Habitación con mucho sol, apartada, con vistas al lago y al Mont-Blanch, alquilo inmediatamente en muy buenas condiciones..." ¿Dónde está aquí el Mont-Blanch? (El MARIDO señala al público. El HOMBRE pone una mano de visera y mira también.) No veo.

MARIDO: La neblina tapó hoy al rey de los Alpes con un abrigo majestuoso. La visión de esa cortina intrigante también vale algo.

HOMBRE: ¿Se nubla así tan a menudo?

MARIDO: Casi siempre. Desde que vivimos aquí.

HOMBRE: No importa. Y no pregunto por el lago. ¿Se ha secado, no?

MARIDO: Lo ha adivinado. El año fue seco.

HOMBRE: Será así. Pero enseñeme por lo menos mi habitación.

MARIDO: Cómo decírselo... Todo el edificio le pertenece. Todo lo nuestro es suyo.

HOMBRE: ¿Allí?

(Se dirige a la puerta que está al frente.)

MARIDO: (Cruzándose en el camino.) Le ruego que no entre. El abuelito todavía no se ha levantado. Aparte de eso... no le anunciamos su llegada. Se podría enfadar.

HOMBRE: ¿Entonces dónde está la habitación que alquila?

MARIDO: Aquí, allí, en todas las partes. Todo el piso será suyo.

HOMBRE: ¿Tengo que entender entonces que no existe tampoco ninguna habitación apartada?

MARIDO: Que sí, que sí. Mire, cuánto espacio...

HOMBRE: ¡Y la habitación, mi habitación apartada!

MARIDO: Le seré sincero. La habitación apartada tampoco existe.

HOMBRE: ¿Por qué diablos puso entonces ese tipo de anuncio!

MARIDO: ¿Y qué hacer? Podía anunciar: "¿Piso incómodo, con familia, sin confort, sin vistas, alquilo?" ¿Eso resulta animoso? Quién podía ser tan decidido. ¿Hubiera venido usted si leyera así el anuncio?

HOMBRE: No.

MARIDO: ¡Se da cuenta? Es fácil criticar, pero si se piensa un poco... Cada cual tiene sus razones.

- HOMBRE: No me interesan sus razones. Y siento mucho que me haya enrollado de tal manera. Adiós.
- MARIDO: Adiós.
- HOMBRE: (Irónico) Fue un placer conocerlo.
- MARIDO: (Más irónico) A sus pies.
- HOMBRE: (Todavía más irónico) Demasiado honor.
- MARIDO: (Aún más irónico) Y usted a mí tampoco.
- (Durante la conversación el HOMBRE se dirige a la derecha. Se para, se vuelve y se inclina cada vez que habla. El MARIDO igualmente se inclina cuando habla.)
- MARIDO: (Reconciliadoramente) ¿Cómo, ya se va?
- HOMBRE: (Se detiene en la entrada) Creo que ya no tengo nada que hacer aquí.
- MARIDO: ¿Qué no? Le ruego que se quede.
- HOMBRE: Y, en este caso...
- (Vuelve)
- MARIDO: ¿Quiere tomar algo?
- HOMBRE: De acuerdo.
- (Se sienta)
- MARIDO: (Sirviendo alcohol de la garrafa en ambas copas.) Le ruego que me disculpe.
- HOMBRE: Espero que me comprenda.
- MARIDO: Por nuestro entendimiento.
- (Le ofrece una copa)
- HOMBRE: Verá usted, puedo estar de acuerdo con la falta del cuarto de baño, aunque tenía tanta ilusión por darme un baño en una bañera tan auténtica. Dios mío, ya no me acuerdo de la última vez que me bañé de esa manera.
- MARIDO: Eso se ve.
- HOMBRE: ¿Cómo?
- MARIDO: No, nada. Siga. El destino no se puede predecir.
- HOMBRE: Puedo olvidar que el Mont-Blanch está siempre cubierto por las nubes. Aunque cuando leía el anuncio, pensé: Qué maravilloso ha de ser estar en el agua caliente y contemplar los picos cubiertos de nieve. ¿Porque en este cuarto de baño que no existe, habría una ventana, no es así?
- MARIDO: Sin duda.
- HOMBRE: Ah, ya. Desde hace años solo veo como único paisaje las paredes sucias de la ciudad. También echo de menos el lago. La contemplación de extensas aguas fue compañera de mi feliz infancia.
- MARIDO: Comprendo. Su padre era capitán de un barco.

- HOMBRE: Casi. Era portero del Acuario en el Jardín Zoológico. Un gran acuario.
- MARIDO: Ah, sí. Interesante, interesante.
- HOMBRE: Después he perdido ese paisaje para siempre y ahora tenía esperanza de recuperarlo. Sabe usted, mi vida no ha sido muy agradable. ¿Podía darme algo de comer? Un pequeño bocadillo...
- MARIDO: Ah, sí. (Con naturalidad.) Tengo sólo pasteles... de momento.
(Sirve pasteles al HOMBRE. Este los come de prisa.)
- HOMBRE: Entonces, cuando leí el anuncio, pensé: al fin algo para mí. Comodidad, paisajes maravillosos, y sobre todo una habitación apartada, propia. Para mí, solamente para mí. Y todo eso tan económico. ¿Económico, no es verdad?
- MARIDO: Casi sin pagar.
- HOMBRE: Precisamente. Y encima en una residencia. Procedo de una familia humilde, pero puedo tratar con las esferas más altas. Naturalmente, son prejuicios, contra los que estoy luchando.
- MARIDO: Así es, así es.
- HOMBRE: Entonces puedo olvidarme de todo, del cuarto de baño, de las montañas, de los lagos inmensos, pero no de una habitación apartada, propia. Cuando me enteré que tampoco existía, me sentí como aplastado. ¿No hay posibilidad de hacer algo?
- MARIDO: Desgraciadamente, no.
- HOMBRE: Debía esperarlo. No es para mí tanta felicidad. Una desilución más... ¿Puedo coger otro pastel?
- MARIDO: Naturalmente, naturalmente.
- HOMBRE: Qué le vamos a hacer. Hay que estar de acuerdo con el destino. Déme un camastro en un rincón cualquiera. Al fin, eso no es para mí ninguna novedad. ¿Pero muy económico, no es así?
- MARIDO: Verdaderamente, no sé cómo decirle...
- HOMBRE: Oh, no lo quiero gratuitamente.
- MARIDO: NO es cuestión de precio. Pero... tal vez lo mejor es que conozca la verdad. La verdad y desde el principio.
- HOMBRE: No soy muy rico pero puedo pagar lo suyo.
- MARIDO: La cama tampoco existe.
- HOMBRE: ¿Cómo? ¿No tiene cama?
- MARIDO: Hay cama, pero no aparte.
- HOMBRE: Cómo se puede entender...
- MARIDO: Hay una cama blanda, cómoda, muy ancha. Oh, si se trata de comodidad, estoy seguro, usted la tendrá sin ninguna duda.
- HOMBRE: ¿Significa eso que no estaré solo en esa cama?
- MARIDO: Sí, eso es.
- HOMBRE: No tengo intención de enfadarle. Soy muy tolerante y respeto sus debilidades. Sin embargo, sinceridad por sinceridad, no estoy de acuerdo con sus... gustos y no dormiré con usted en la misma cama, a la que tanto alaba.

MARIDO: ¡Pero no conmigo, no conmigo!

HOMBRE: ¿Con quién, entonces?

MARIDO: Aquí hay más personas.

HOMBRE: (Se levanta) Señor mío, yo busco una habitación para alquilar y, según parece, me confundí de dirección. Esto es un error. Soy pobre, pero honrado. Le confirmo que no le ayudaré en su juego...

MARIDO: Le suplico que no se impacienta, que no se vaya antes de haberme escuchado hasta el final. Me doy cuenta que, aparentemente, todo está en mi contra, pero le suplico que me crea, no se trata de ninguna perversión, ni de intereses sucios. Al revés. Todo es legal, todo está de acuerdo con la honestidad matrimonial, y, todavía, a la luz de la última encíclica del Papa "Wrescite et Multiplicamini", se trata de un asunto de recta moral y que merece un mal alto respeto y apoyo desde el punto de vista de ética cristiana. Esta casa está llena de tradición y moral, a través de muchas generaciones, y nunca me atrevería a proponerle nada que no estuviera de acuerdo con los mandamientos de la Iglesia.

HOMBRE: Soy ateo.

MARIDO: No importa. Desde el punto de vista de una ética seglar mi proposición tampoco es falsa. En mi casa no encontrará usted nada que pueda romper el orden social.

HOMBRE: Soy socialista.

MARIDO: ¿Socialista?

HOMBRE: Mejor dicho, anarquista.

MARIDO: Eso es maravilloso. En esta casa tiene campo para actual.

HOMBRE: Se equivoca usted. Como anarquista tengo mi propio método.

MARIDO: ¿En qué estriba?

HOMBRE: No hago saltar nada por los aires. En mi tesis, antes o después, todo se destruye solo. Basta esperar un poco. Por eso espero. Elijo un buen sitio para observar, y observo. El método funciona sin fallos. Las bombas o la dinamita no van con mi psicología, y, además, estropean el espectáculo. El tiempo trabaja mucho mejor y deja deleitarse observando detalles. Yo soy un anarquista-esteta.

MARIDO: El cielo me lo envía a usted.

HOMBRE: Ya le he dicho que no soy creyente.

MARIDO: Es igual. Lo más importante es que encuentro en usted a la persona más adecuada que podía conocer en estas tristes circunstancias.

HOMBRE: (Mirando alrededor) ¿En qué circunstancias? Mirándole, parece que todo le va bien. (Coge un pastel) Muy buenos pasteles.

MARIDO: No es cuestión de cosas materiales y, aunque haya puesto ese anuncio en el periódico, no significa que necesite dinero. (Secretamente) Puede jurarme...

HOMBRE: ¿Qué tengo que jurar?

- MARIDO: Que no diré a nadie ni una sola palabra, nada, de lo que voy a decirle. A nadie. Y sobre todo... (Señala la puerta del frente) A ése.
- MONSIEUR: Y jurar, para qué...
- MARIDO: Le ruego que jure.
- MONSIEUR: Pero...
- MARIDO: Hay en juego una vida.
- MONSIEUR: ¿Alguien va a morir?
- MARIDO: Al revés. Le ruego que jure por su honor.
- MONSIEUR: (Se levanta y alza dos dedos. Se sienta otra vez.) No.
- MARIDO: ¿Rechaza usted?
- MONSIEUR: No, pero le seré sincero, eso no sirve de nada. Qué puede significar el juramento de un anarquista.
- MARIDO: Tiene razón, no había pensado en ello. ¿No tiene a nadie a quien encomendarse?
- MONSIEUR: Tome el resto de los pasteles.
- MARIDO: Y no diré nada a nadie?
- MONSIEUR: Oh, no. Con toda seguridad.
- MARIDO: Entonces puedo cogerlos. Y escúcheme. (EL MONSIEUR mete el resto de los pasteles en el bolsillo. EL MARIDO camina nerviosamente) Le descubro a usted la tragedia de esta casa. Yo y mi esposa no tenemos hijos. Oh, no porque no podamos tenerlos. Y tampoco por eso de que no quisiéramos. Es mi padre quien se opone a que los tengamos.
- MONSIEUR: ¿Y como es eso...? El linaje, si no me equivoco, antiguo...
- MARIDO: Procedo de Godos, Visigodos y Ostrogodos.
- MONSIEUR: Entonces me extraña todavía más que su padre le tenga sin cuidado la prolongación de una tan antigua familia.
- MARIDO: Es que él cree en su inmortalidad. Y sospecho, por desgracia, que tiene razón.
- MONSIEUR: Oh.
- MARIDO: Si. Nunca tuvo una pulmonía, ni siquiera un catarro, mientras que yo... tengo reuma. Él aún está vivo y muy sano. Se imagina que él solo puede prolongar nuestro linaje. Mientras que yo... sí a mí...
- MONSIEUR: Oh, no se puede pensar de esa manera. Que Dios le proteja. Será mejor tomar madera. (Toca la mesa.)
- MARIDO: Oh, yo se como piensa él. "¿Para que tener un nieto si no voy a morir? ¿Que consiga teniendo un descendiente así? Nada, además saldré perdiendo. El niño me quitará mis privilegios, los que me han pertenecido hasta ahora. No tengo por que compartir con el vástago mi sémola y mi leche. El bebé me relegará al pasado, y, tal vez, su nacimiento acabe con mis fuerzas vitales. Hacerá casi por mí y con eso acercará mi muerte. Entonces, él o yo. Si naciera, yo moriría. Y si no viene al mundo yo seguiré viviendo." Así piensa.

- HOMBRE: Y no necesita un pequeño al que poner sobre sus rodillas, acariciar, llamarlo: chi-chí...
- MARIDO: Le basta conmigo.
- HOMBRE: ¡Cómo! Si usted es mayor... Por lo menos mayor, si me permite decirlo.
- MARIDO: Es verdad. Ya no soy un chaval. Pero a veces me trata como si fuera un niño. Una humillación más.
- HOMBRE: Increíble... ¿Entonces, lo pone sobre sus rodillas?
- MARIDO: (Lúgubremente.) De vez en cuando.
- HOMBRE: (Ahogándose de risa.) ...Le hace cosquillas en la garganta...
- MARIDO: Sin detalles, por favor.
- HOMBRE: Chí, chí, chí...
- MARIDO: (Ofendido.) Será mejor no hablar sobre ello.
- HOMBRE: Es increíble!
- MARIDO: He dicho que es mejor dejar ese tema. (Se excita.) Pero aguardo la hora de la venganza. Ojalá que llegue el vengador. Oh, entonces arreglaremos cuentas... (Reflexiona) Pero mi vida privada no es lo más importante. Se trata, más que nada, de la civilización y del progreso.
- HOMBRE: ¿Y usted quiere que me quede aquí?
- MARIDO: Pero esto tiene que cambiar si llega esa nueva vida. El niño ha de tener buenas condiciones. Habrá que lavarle los pañales, hervir agua, matar los microbios... La cuestión del niño no es sólo mi asunto privado. También lo son las instalaciones nuevas, la higiene, la marcha de la civilización, el bien en general.
- HOMBRE: Me convenció usted. Pero en este caso, yo, en su lugar, no me preocuparía por papá. Si usted y su esposa están de acuerdo en ello...
- MARIDO: No es tan fácil. El viejo está siempre acechando, desconfiado e implacable. Nunca nos deja solos y exige que cuando menos uno de nosotros tiene que hacerle compañía.
- HOMBRE: ¿No permite...?
- MARIDO: No.
- HOMBRE: ¿Y no se le puede apartar a la fuerza?
- MARIDO: Usted no lo conoce. A pesar de sus años es mucho más fuerte que yo, que usted y que los dos juntos. Es muy fuerte. Además, como ex-general, nunca se separa de su espada.
- HOMBRE: ¿Y cuando duerme?
- MARIDO: Ha llegado tan lejos, aprovechando su superioridad, que duerme con nosotros en la misma cama. Y tiene un sueño tan ligero que el mínimo ruido lo despierta. Por lo demás, siendo anciano, no duerme casi nunca.

es déspota por naturaleza y por convencimiento, y yo soy democrata, partidario de reformas y del progreso moderado. Aquí reina un régimen feudal, o, si a sus oídos esto suena todavía peor, una monarquía absoluta. Ya llegó la hora de terminar con la tiranía. El niño en esta casa ha de significar la vida nueva, el viento del futuro, la revolución. ¿No le convence esto?

HOMBRE: ¿Y yo tengo que ir con los liberales?

MARIDO: No oculto que soy adversario de la anarquía. Pero no hay por qué tener las mismas ideas. Es suficiente con que tengamos un mismo enemigo. Cualquier acuerdo es bueno si se trata de la derrota de la tiranía. Espero que si usted ama la libertad se unirá a mí.

HOMBRE: ¡De acuerdo! (Se dan la mano.) ¡Viva la anarquía!

MARIDO: ¡Viva la democracia!

FIN DEL PRIMER ACTO

ACTO SEGUNDO

(Cama grande en medio del escenario. De cara al público, tumbado en el centro de la cama, el ANCIANO con cara roja y patillas plateadas. Viste un camisón blanco, sombrero militar, con profusión de adornos, tal como los que en el pasado se veían en desfiles militares y pompas diplomáticas. El sombrero tiene una cinta dorada, con un penacho blanco. El penacho es demasiado grande. El MARIDO duerme sobre el lado izquierdo del ANCIANO y viste un pijama de seda de color quinda. Al lado derecho del ANCIANO duerme la ESPOSA, en camisón, con el pelo suelto. El ANCIANO, el MARIDO y la ESPOSA, están tapados con el mismo género de color rojo-púrpura, pero cada uno tiene su almohada. El HOMBRE, tumbado sobre la manta, atravesado a los pies de la cama, duerme con la cabeza descubierta y de espaldas al público. La cama es tan grande que entre las personas que duermen en ella no llenan su espacio. La cama está un poco xi-inclinada hacia el público, para que se vea mejor. A ambos lados de la misma hay candelabros. En cada candelabro alguna vela encendida. La decoración es la misma que en el acto primero. La mesa y las sillas del acto primero no están.)

ANCIANO: Duermen, duermen, y duermen. No hacen nada, excepto dormir. Oh, yo sé por qué quieren dormir tanto. Supongo que aprovechan el sueño para escaparse de mí. Es verdad que sus cuerpos están aquí, ¿pero dónde están sus almas? En el sueño caminan lejos, muy lejos. ¿Dónde? Eso no lo sé pero con seguridad, allí donde yo estoy ausente. ¿Qué hacen ahí? Seguro que todo lo que les prohíbo hacer aquí. No puedo ir tras ellos en sus sueños, prohibirles, ordenar lo que tienen que hacer. (El MARIDO se queja durante el sueño y dice algo indistintamente.) ¿Qué? ¿Qué dices? Dime... (El MARIDO da la vuelta y abraza la almohada.) No dirá nada. Tengo la seguridad de que mis sospechas son ciertas. No va a decir nada, ¿pero por qué? Porque sueña con algún crimen. En caso contrario me lo diría todo. Ellos sueñan con crímenes, orgías, excesos sexuales, aberraciones. Y todo eso sucede a mi espalda. Sin verguenza, sin castigo. Es horrible. (La ESPOSA dice algo indistintamente. Da la vuelta y abraza la almohada.) ¿Y ella? ¿Qué puede soñar ella? No se puede confiar en esa dulce e inocente carita. Oh, desde que desaparecieron las viejas feas y asquerosas brujas. Con qué facilidad el vigilante de la virtud y el buscador de pecados podrían descubrirlas. Sólo con una mirada. Y aquí hay que destapar el velo de la hipocresía, de la inocencia pintada. ¿Pero cómo destapar la otra cortina, ese manto del sueño, tras el cual peca, seguramente? Oh, verlo verlo al fin. (El HOMBRE ronca repentinamente con sonidos fuertes.) Incluso éste se ha dormido. ¿Qué modales son esos? Apenas se ha presentado, y sin rezar se desnudo. Simulando una oración entre dientes se adormiló, después roncó y se quedó dormido aunque le había propuesto una partida de tute. Bonita compañía. ¿A quién dejó entrar en mi casa? Mejor hablar con un tronco o con el saco de patatas. Todavía mejor porque al menos no duermen y no me irritarán con su ronquido. (Con desesperación.) ¡Duermen, todos duermen! (Saca la cantimplora de bajo la almohada, bebe un xx trago, esconde la cantimplora.) Y así. Dejar al anciano e irse lejos, donde se puede jugar sin ningún castigo, a su aire. Me dejaron y se fueron. ¿Por qué? Porque no me quieren. Qué les intereso yo, mi sabiduría, mi experiencia, mis atenciones. Rechazan mis sentimientos paternales, se burlan de mis cuidados. Para qué les sirven. No les importo nada. (Se compadece.) El pobre, olvidado anciano, despreciado por todos. ¿Tal vez se ríen de mí en sus sueños? Con qué facilidad hemos burlado al viejo. Basta cerrar los ojos y ya está... "Somos libres"

Y "ja, ja, ja". Y "je, je, je". No, no lo soportaré más.
¿Libres? ¡Os dejo la libertad!

(Saca la trompeta de bajo la almohada y se pone a tocarla.
EL MARIDO y la ESPOSA se despiertan sobresaltados. El
HOMBRE sigue durmiendo.)

MARIDO: (Medio dormido.) ¿Qué... qué ... qué ha ocurrido?

ANCIANO: Nada. Que no puedo soportar más tiempo vuestros excesos.

ESPOSA: (Medio dormida.) Cariño...

ANCIANO: (Sospechoso.) Qué cariño, qué cariño...

MARIDO: (Pone la mano sobre el corazón.) Ah, mi corazón...

ANCIANO: (Sospechoso.) Qué corazón, qué corazón...

MARIDO: Mi cansado corazón... papá, podías haberme matado.

ANCIANO: Qué dices. Soy más viejo que tú y no me quejo de nada.

ESPOSA: Ah, mi cabeza...

ANCIANO: (Sospechoso.) Qué cabeza, qué cabeza...

ESPOSA: Duele. Se rompe de dolor.

ANCIANO: Eso sucede porque deormís demasiado. Tomad ejemplo de mí.
Yo no duermo y no me duele la cabeza. ¿Y sabéis por qué?
Porque tengo la conciencia simpia.

MARIDO: Papá, ¿por qué nos has despertado?

ANCIANO: Para volveros al orden.

MARIDO: Querías jugar un tute.

ANCIANO: Quería, pero no tenía con quién. Este subarrendado se ha
dormido igual que vosotros. ¡Eh, mirad! ¡Todavía duerme!

(El HOMBRE ronca. Llama la atención de todos.)

MARIDO: No puede ser. Es increíble.

ANCIANO: ¿No lo decía? Despertad a ese lirón.

MARIDO: (Moviendo al HOMBRE.) Despiértese. (El HOMBRE dice algo
indistintamente y sigue durmiendo.) ¡Despiértese! (El
HOMBRE duerme.) Ayudadme. (Entre los tres sacuden al
al HOMBRE pero éste sigue durmiendo.) De esa manera no lo
despertaremos.)

ANCIANO: Esperad. Yo lo voy a vencer.

Infla la boca y toca la trompeta al oído del HOMBRE. El
MARIDO y la ESPOSA se tapan los oídos.)

ESPOSA: ¡La cabeza!

MARIDO: ¡Mi corazón!

ESPOSA: ¡Se rompe!

MARIDO: ¡Duele...! Papá, termina ya, por favor.

(El ANCIANO toca tan fuerte que le falta aire. Termina cuando no puede seguir. Respirando con dificultad.)

ANCIANO: ¡Hay que ver!... fenómeno de la naturaleza... cómo me cansé oh, mis pulmones!

MARIDO: ¿Qué hacemos?

ESPOSA: ¿Llamar al médico?

MARIDO: Con este ruido se despertaría un muerto.

ANCIANO: Tienes razón. Eso quiere decir que vive, pero tiene un sueño muy pesado.

MARIDO: No hay remedio. Habrá que esperar hasta mañana, a que se despierte solo.

ANCIANO: ¡Ajá! ¿Y qué con mi partida de tute? Vosotros os dormiréis otra vez y yo me quedaré solo, aburriéndome hasta mañana. ¡No, no puede ser! Pero..., pero todavía hay esperanza, no hay que sentirse vencido.

(Saca la cantimplora de bajo la almohada, la abre y la acerca a la nariz del HOMBRE. El HOMBRE se levanta como sonámbulo. El ANCIANO aleja poco a poco la cantimplora hasta que el HOMBRE se queda en la posición de sentado.)

ESPOSA: ¡Se levanta!

MARIDO: ¡Se despierta!

ANCIANO: (Triunfalmente.) ¿Habéis visto? Solucionado. Yo sé satisfacer a cada uno. (El HOMBRE habla algo entre dientes y tiende las manos hacia la cantimplora.) Entonces, por su buen despertar.

(El ANCIANO bebe de la cantimplora, después la esconde bajo la almohada. Ahora Saca de bajo la almohada un mazo de naipes y los mezcla.)

HOMBRE: ¿Dónde estoy?

MARIDO: ¿Todavía lo pregunta? (Con voz apagada, asegurándose que el ANCIANO está ocupado con los naipes.) Tenía usted que entretenir al viejo y, mientras tanto, se quedó dormido como una piedra. Se ha comportado usted muy bien...

HOMBRE: ¿Yo?

MARIDO: ¿Olvidió nuestro acuerdo?

HOMBRE: ¿Yo...?

MARIDO: ¿Cree que lo acepté por mi gusto?

HOMBRE: Pero...

MARIDO: Su presencia me pone enfermo.

HOMBRE: Podía...

MARIDO: Empaque sus cosas y márchese de esta casa.

HOMBRE: ¿Ahora? ¿En plena noche?

MARIDO: ¡Estafador! ¡Lárguese!

- ANCIANO: (Pone la mano tras la oreja para escuchar mejor.) ¿Qué? ¿Qué sopláis ahí?
- HOMBRE: Entonces, como usted quiera. Pero el Anciano puede tener otra opinión. Sobre todo si le relato mi sueño. (Al ANCIANO.) Diré lo que he soñado.
- ANCIANO: ¡En voz alta, por favor! ¡En voz alta! ¿Qué ha soñado, joven?
- HOMBRE: He soñado que..., pero no sé si tengo derecho a contarlo.
- ANCIANO: ¡Adelante, adelante!
- HOMBRE: He soñado con el anuncio de un periódico en el que se decía de alquilar una habitación...
- ANCIANO: Eeh..., eso no es interesante.
- HOMBRE: Lo interesante llegará después. Decía que llegué a la dirección señalada y me recibió el dueño, uno pequeño, con bigotito y con cara de parchís.
- MARIDO: (Con voz apagada.) ¿A dónde quiere llegar?...
- HOMBRE: Poco a poco explicaré el asunto. Yo busco la habitación del anuncio. Entonces él empieza a titubear. "No le puedo dar ninguna habitación aparte. Lo más que puedo ofrecerle es una cama." Estuve de acuerdo. ¿Qué podía hacer? Y entonces: "Pero la cama tampoco es para usted solo" ¡La cama tampoco era para mí solo! ¿Se imagina?
- ANCIANO: Interesante, muy interesante.
- MARIDO: ¡Cállese...!
- HOMBRE: ...Y que he de dormir con más de una persona. Entonces, me asombre, y cómo, porque... Y él entonces me dijo...
- MARIDO: ¡Basta ya!
- HOMBRE: "Le contaré la tragedia de esta casa..."
- ANCIANO: (Pone la mano tras la oreja.) ¿Cómo? ¿Qué ha dicho?
- HOMBRE: Le contaré de prisa, ya que me echan de casa. "Tiene que ayudarnos", dice el tipo. "Yo y mi esposa..."
- MARIDO: Pero nadie le echa.
- HOMBRE: ¿No?
- MARIDO: Naturalmente, no. De ninguna manera.
- HOMBRE: ¡Qué extraño! Y me parecía...
- MARIDO: Sólo se lo imaginó. Puede quedarse cuanto quiera.
- HOMBRE: Eso lo cambia todo.
- ANCIANO: (Muy impaciente.) ¿Y qué con ese sueño?
- HOMBRE: No sé. Me he despertado.
- MARIDO: Ufff, por suerte.
- ANCIANO: ¿Cómo se despertó usted?...

- HOMBRE: Normalmente. Usted mismo fue testigo.
- MARIDO: Papá, ¿no crees que ha sido un sueño tonto?
- HOMBRE: Yo pienso lo mismo.
- ANCIANO: Siempre igual. Cuando duermen no saben nada. Y cuando empiezan a contar lo que han soñado, nunca lo terminan. Ese sueño me parece muy sospechoso.
- HOMBRE: Ea, no se preocupe.
- MARIDO: Pontarías.
- ESPOSA: No hay de qué hablar.
- HOMBRE: Y ahora, una vez despierto, tengo ganas de comer algo. (A la ESPOSA.) ¿Puede servirme un poco de carne fría o unos pastelitos? Por las noches siempre tengo apetito.
- ESPOSA: (Al MARIDO:.) ¿Tengo que servirle yo? ¡Qué insolencia!
- HOMBRE: Esperad, esperad, ya recuerdo lo que soñé después.
- MARIDO: Trae algo de comer. Espera, voy contigo.
- ANCIANO: ¡Quédate! (Al HOMBRE.) Me gustas, joven. ¿Y sabes por qué? Porque vive solo, sin pareja. Todas las desgracias comenzaron desde Adán y Eva, desde el pecado original. Por eso los vigilo. Para que no se repita el escándalo. Si Dios me hubiera tenido a mí en el Paraíso para ayudarlo, con seguridad no hubiera sucedido nada. (La ESPOSA sale por la izquierda. El ANCIANO mezcla naipes.) ¿Vamos a jugar?
- HOMBRE: Con mucho gusto.
- ANCIANO: ¿Un tute?
- HOMBRE: Sí, es un juego muy bonito.
- ANCIANO: Me alegro que le guste.
- HOMBRE: Pero yo no sé jugar a los naipes. Y menos al tute.
- ANCIANO: ¿No me lo pudo decir antes?
- HOMBRE: Quise. Pero dormía.
- ANCIANO: ¿Qué podemos hacer? ¿No sabe jugar a nada? ¿Y al burro?
- HOMBRE: Al burro todavía menos.
- ANCIANO: ¿No aprendió ni un juego?
- HOMBRE: No, no fui capaz.
- ANCIANO: (Alabándose.) Es verdad. Hay que tener cabeza para ello.
- HOMBRE: Además, no me gusta el azar.
- ANCIANO: Absurdo. Jugar de vez en cuando no hace daño a nadie.
- HOMBRE: Y tampoco tengo suerte...
- ANCIANO: Hay que probar.
- HOMBRE: ...Y tengo miedo de enviarme.

- ANCIANO: Eh, yo juego desde pequeño, ¿y qué? Nada. Puedo no jugar y no me importa. (Grita.) ¿Va a jugar conmigo sí o no?
- HOMBRE: Si mi general insiste... Ahora recuerdo que conozco un juego, aunque sólo de oídas.
- ANCIANO: ¿Cómo se llama?
- HOMBRE: Se me ha ido de la memoria. Cómo se llamaba... Ah, póker, me parece. Sí, era póker.
- ANCIANO: Al fin se acuerda. En mi vida he visto un ser tan desmemoriado como usted.
- HOMBRE: ¿Hay algún juego que se llame así?
- ANCIANO: Que sí, hombre, que sí. Pero demasiado difícil para usted.
- HOMBRE: Lamentablemente, no sé jugar a otra cosa.
- ANCIANO: Que sea póker. Suya es la culpa por no haber aprendido a jugar algo más. Llevo la banca.
- HOMBRE: ¿Qué es eso de la banca?
- ANCIANO: Eso quiere decir que yo daré naipes, porque tú no sabrías, niño.
- HOMBRE: ¿Qué nos jugamos?
- ANCIANO: Nada. Me das lastima.
- HOMBRE: Oh, no. No estoy de acuerdo. Yo tengo mi amor propio, aunque no sé jugar a los naipes. Le ruego que me trate como a un buen jugador.
- ANCIANO: Bien. Está bien. Proponga usted entonces.
- HOMBRE: Si no me equivoco, durante el sueño sentí una fragancia. (Olfatea como un perro perdiguero.) ¡Aaah! (Acerca la nariz hasta la almohada bajo la cual está la cantimplora. Señala el sitio.) Oh, allí.
- ANCIANO: (Saca la cantimplora de bajo la almohada.) ¿Se trata de esto?
- HOMBRE: ¡Oooh, sí!
- ANCIANO: ¿Y qué apuesta usted?
- HOMBRE: Tal vez encuentre algo. (Saca su maleta de bajo la cama. La abre. Coge una botella sin corcho ni etiqueta. La ofrece al ANCIANO. El viejo mira la botella con desconfianza. La olfatea. La menea. La pone boca abajo.)
- ANCIANO: Vacía.
- HOMBRE: Naturalmente.
- ANCIANO: Puede ser. (Pone la botella y la cantimplora encima de la cama, entre los dos. Entrega al HOMBRE los naipes para partir.)
- HOMBRE: ¿Qué tengo que hacer?
- ANCIANO: Partir los naipes.
(El HOMBRE los parte. El ANCIANO comienza a dar naipes. Los dos arreglan los naipes entre sus manos.)
- HOMBRE: ¿Y ahora?

- ANCIANO: Hay que mostrar los naipes. (El HOMBRE los enseña)
- MARIDO: (Mirando los naipes del HOMBRE.) Arriba.
- ANCIANO: (Expone los naipes.) Figuras. Perdió usted. (Acerca a su lado la botella y la cantimplora.)
- HOMBRE: Lástima. Siempre pierdo cuando tengo hambre.
- ANCIANO: He ganado, como esperaba, yo nunca hubiera perdido con un chapucero como usted. ¡Ja, ja!
- HOMBRE: ¡Ja, ja! ¿Otra partida?
- ANCIANO: ¿Qué?
- HOMBRE: Apueste la trompeta. Siempre soñé con una trompeta. Todavía niño, cuando me sentaba a la orilla de un acuario....
- ANCIANO: ¿Y qué puedes apostar tú, mi gran jugador? Esta trompeta es maravillosa. Un recuerdo del regimiento. (El HOMBRE saca de la maleta un despertador grande y lo ofrece al anciano. El ANCIANO lo acerca al oído.) No anda. (Se vuelve el despertador al HOMBRE. Este se arrodilla al borde de la cama y deja caer el despertador al suelo. Lo levanta y lo ofrece al ANCIANO. Este acerca el despertador a su oído.) ¡Anda!
- HOMBRE: Es un buen despertador.
- ANCIANO: (Burlándose.) Siempre soñé con un despertador. ¡Ja, ja!
- HOMBRE: ¡Ja, Ja!
- (El ANCIANO baraja los naipes. Los da a partir al HOMBRE. El HOMBRE hace el corte y el ANCIANO reparte naipes.)
- ANCIANO: Usted sale.
- MARIDO: (Mirando los naipes del HOMBRE.) No puedo ayudarle.
- ANCIANO: ¡Sin consejos, por favor!
- HOMBRE: ¿Ha oído lo que ha dicho mi general? Sin consejos.
- MARIDO: (Enfadado.) Como quiera. (Se aparta.)
- HOMBRE: (Enseñando los naipes.) ¡Bomba!
- ANCIANO: (Enseñando su juego.) (¿...) Usted pierde. (Recoge despertador y naipes.) Hace progresos. ¡Ja, ja!
- HOMBRE: Mi general tiene mucha suerte.
- MARIDO: ¿No se lo decía? Podía haberme escuchado.
- ANCIANO: ¿Y qué, le basta esa lección?
- HOMBRE: Teniendo en cuenta que me faltan los principios del juego...
- ANCIANO: Se lo advertí.
- HOMBRE: ...Y sus grandes conocimientos y aptitudes.
- ANCIANO: Eso es verdad. Yo tengo experiencia.
- HOMBRE: Creo que será mejor dejarlo.
- ANCIANO: ¿Qué? ¿Quiere usted abandonar?

HOMBRE: No tengo posibilidades.

ANCIANO: (Con despecho.) ¡Casi no hemos empezado!

(El MARIDO hace señas al HOMBRE.)

HOMBRE: Por eso mismo. Prefiero retirarme a tiempo.

ANCIANO: Solamente una vez más.

HOMBRE: No tengo suerte.

ANCIANO: La suerte puede cambiar.

MARIDO: ¡Juegue, por favor! (Entre dientes.) Es su obligación. Para eso está aquí.

HOMBRE: No.

ANCIANO: Una vez más. Nos jugamos lo que quiera.

HOMBRE: Ah, en este caso... ¿Podemos jugar el sombrero de mi general?

ANCIANO: No, eso no. Otra cosa. No estaría bien jugar a los naipes el honor de mi uniforme. Cuando he desfilado me miraban más de diez millones de personas, con amor y con respeto, como si fuera un hombre.

HOMBRE: Precisamente. Siempre quise tener algo así sobre mi cabeza, para que se me respetara. Sabe usted, mi padre también tenía un precioso uniforme, y, cuando salía a dar de comer a los animales se ponía el gorro. Lo apreciaban mucho...

ANCIANO: Observe esos galones, jovencito. ¿Sabe por qué no han perdido el color? Porque la bandera les daba sombra. En ellos se representan el amor de los subalternos y la aversión de los enemigos. En fin, la admiración de unos y otros. Es la tradición, la nobleza y el honor. Es la gloria, la dignidad y el mérito. ¿Y tú qué podías apostar, joven, ante un símbolo que encierra tantas cualidades?

HOMBRE: Oh, yo tengo algo especial. Estoy seguro que a mi general va a gustarle. Un momento. (Saca de la maleta unos pantalones de cuero con la marca "Lederhosen".)

ANCIANO: ¿Qué es eso?

HOMBRE: (Sencillo, pero con seguridad que causa efecto.) Un vestido regional del Tirol.

ANCIANO: ¿Es usted del Tirol?

HOMBRE: No, pero trabajaba como actor en los últimos tiempos. Un pequeño papel... sabe usted, cuando hay necesidad se hace lo que se puede...

ANCIANO: ¿De dónde lo sacó?

HOMBRE: Me lo he quedado como recuerdo.

ANCIANO: ¿Y qué obra era esa?

HOMBRE: "El cazador del Tirol" ¿La conoce? (Ensayo un sonido gutural al estilo de los tiroleeses.)

ANCIANO: ¡Pare ya, por favor!

HOMBRE: (Enfadado.) Recibía aplausos.

- ANCIANO: ¿Esto es lo que quiere apostar? ¿Esto? ¿Contra lo mío?
- HOMBRE: (Con dignidad.) Es un recuerdo de gran valor, de días de éxito.
- ANCIANO: ¿Mi honor por unos pantalones viejos? ¿Y sin perneras?
- HOMBRE: Con esos pantalones fui muy feliz.
- ANCIANO: ¡Sería un ultraje!
- HOMBRE: ¡Yo tampoco deajo que se pise el amor propio de un artista!
- MARIDO: Señores, por favor, no se pelcen.
- ANCIANO: ¡Jamás!
- HOMBRE: Si no le parece bien podemos dejar el juego.
- ANCIANO: Dámelos. Terminemos con estas tonterías. (Saca el sombrero y lo coloca encima de la cama.)
- HOMBRE: ¿Puedo probarlo?
- ANCIANO: Las manos quietas, señor... señor...
- HOMBRE: "Cazador del Tirol".
- ANCIANO: Es igual. Todavía no ha ganado, tú... paria, date por contento que tienes un pantalón, pero deja en paz mi sombrero.
- HOMBRE: Perdón, no quiero enfadarlo.
- ANCIANO: ¡No toque eso, es sagrado!
- HOMBRE: Déme los naipes.
- (Por la izquierda entra la ESPOSA con pasteles sobre un plato)
- ESPOSA: La comida, lista.
- MARIDO: Tsss... No interrumpas.
- ANCIANO: ¡Tiro! (Enseña naipes.)
- HOMBRE: ¡Estaca! (Enseña naipes. El MARIDO da palmadas. El ANCIANO sufre como de apoplejía. El MARIDO palmotea cada vez menos hasta que deja de hacerlo. Se hace el silencio.)
- ANCIANO: (Amenazando.) ¿Qué es eso?...
- HOMBRE: (Se pone el sombrero sobre la cabeza.) Perdió usted, mi general.
- ANCIANO: ¿Yo?
- HOMBRE: Si hubiera ganado usted, yo hubiera perdido, y yo nunca pierdo. ¡Ja, ja! ¿Pueden darme un espejo? (La ESPOSA le entrega un espejo.) Muchas gracias. (Saluda con el sombrero con mucho donaire.)
- ANCIANO: ¿Y mi sombrero?
- HOMBRE: (Se mira al espejo.) ¿Me queda muy bien, no? ¿Qué opinan ustedes?
- ANCIANO: ¡Es imposible!
- MARIDO: (Mira los naipes.) Perdió, papá.
- ANCIANO: ¡Devuélmelo!

HOMBRE: Oh, perdón, el sombrero es mío. Puedo regalarle los pantalones. (Come pasteles.)

ANCIANO: ¡Mi honor!

HOMBRE: No veo solución. Podemos jugar otra vez. (Coge los naipes y los mezcla como un jugador consumado.)

ANCIANO: ¿Qué nos jugamos?

HOMBRE: Su honor. ¿Qué otra cosa? Yo apuesto mi sombrero. ¿Y usted qué apuesta?

ANCIANO: ¡Todo!

HOMBRE: ¿Todo? ¿Qué es eso: una botella vacía, un despertador viejo y otras baratijas. ¿Eso por su honor? Se enfadaría usted si acepto, mi general. (Saca el sombrero y lo enseña al ANCIANO.) Mire cómo ondea, su, mejor dicho, mi penacho. Cómo cambia sus colores con el viento. No sienta vergüenza, mi general. Creí que usted valoraría mucho más su honor. (Pone otra vez el panacho sobre su cabeza.) Lo que apuesta es muy poco.

ANCIANO: No tengo nada más.

HOMBRE: ¿Verdaderamente, no tiene algo más?

ANCIANO: ¡No tengo, no tengo, no tengo!

HOMBRE: ¡Lástima! Bien, teniendo en cuenta las circunstancias, aceptaremos eso como suficiente.

ANCIANO: Déme los naipes.

HOMBRE: ¿Entonces, jugamos?

ANCIANO: Jugamos.

HOMBRE: ¿Lo jugamos todo?

ANCIANO: ¡Todo!

HOMBRE: Llevo la banca. (Se saca el sombrero. Reparte naipes con rutina.) ¿Por qué me mira así?

ANCIANO: Estudio su fisonomía.

HOMBRE: ¿No ha visto nunca a un artista?

ANCIANO: Hay que estudiar la cara del enemigo para evitar los golpes.

HOMBRE: ¿Y qué encuentra usted?

ANCIANO: Nada.

HOMBRE: ¿Qué es eso de;;; nada?

ANCIANO: Se puede hacer más en un plato vacío que en su cara. Si se pudiera esculpir la indiferencia tendría ante mis ojos una obra maestra.

HOMBRE: ¿Nada? Eso es imposible.

ANCIANO: Es frecuente que la cara de un hombre refleje sus sentimientos. Si son nobles la cara expresa esa nobleza. Si son indignos la cara también lo expresa. ¿Pero a qué clase de hombre pertenece una cara que no expresa nada?

HOMBRE: ¿Quiere verme de perfil? (Mueve la cabeza.)

- ANCIANO: No, no veo nada. O su alma es tan delgada que no puede salir de su cuerpo est an ordinario que un pensamiento feo no encuentra salida. Quizá sea lo uno y lo otro.
- HOMBRE: ¡Usted me ofende! Yo soy un intelectual. En los tiempos en que jugaba en el Zoo las señoras decían: "Ay, qué chico tan inteligente". Recibía caramelos muy a menudo. Los que traían para los monos. Me ponía a propósito al lado de la jaula de los monos y entonces ningún mono recibía caramelos. Todos eran para mí. Los monos no me querían.
- ANCIANO: Los animales tienen un buen instinto. Desde el punto de vista de los monos era usted insoportable. Y a mí me pareció muy sospechoso desde un principio. Quiero decir desde el punto de vista de un hombre.
- HOMBRE: Todos los hombres tienen iguales derechos. Sólo los monos son peores que la gente.
- ANCIANO: Su falta de cualidades me da esperanza. La nobleza, el alma, el cerebro, deben triunfar sobre una persona mediocre. No, no puedo perder. Mi noble nacimiento, mi alto grado, mi cultura, no pueden salir perdedoras ante su oscura existencia. La vulgaridad nunca vencerá a los ídolos. La anarquía no puede vencer a la jerarquía. Apuesto todo de una vez porque creo que vencerán las cualidades mayores.
- HOMBRE: Ahora, mi general, habla bien.
- MARIDO: (Mirando los naipes del HOMBRE, dice en voz baja.) Parece que exagera usted.
- HOMBRE: ¿Por qué?
- MARIDO: Tiene cinco ases.
- HOMBRE: Ah, sí, Muchas gracias.
- MO. (Esconde un naipe.)
- ANCIANO: ¡Adelante! (Enseña naipes.)
- HOMBRE: ¡Jalla-¡jiii! (Grita y enseña naipes.)
- MARIDO: ¡Hurra!
- ESPOSA: ¡Papá perdió! ¡Papá perdió! (Salta encima de la cama de alegría. El HOMBRE pone el sombrero sobre la cabeza. Toca la trompeta. El despertador suena.)
- ANCIANO: Me parece que no me quieren en esta casa. Después de lo que he hecho por vosotros...
- MARIDO y ESPOSA: (Se cogen de la mano. Saltan alrededor como chiquillos y gritan juntos.) ¡Papá per-dió! ¡Papá per-dió!
- (Nadie presta atención al ANCIANO. El HOMBRE bebe de la cantimplora y toca la trompeta. Grita de vez en cuando. El despertador suena. Todos gritan, se ríen y abrazan. Gran alegría.)
- ANCIANO: (Se levanta sobre la cama.) ¡Basta! (Todos se callan. Silencio completo.) ¡Alegría, eh? ¡Fiesta, eh? Os enseñaré algo más. (Al HOMBRE.) ¿Creías que no tenía nada más? Oh no. Aún me queda algo. (Saca una espada de bajo la almohada.)
- ESPOSA: ¡Defiéndeme! (Abraza al MARIDO.)
- HOMBRE: ¿Qué quiere, mi general...? (Saca el sombrero de su cabeza.)

ANCIANO: ¿Quisieras ser como un señor?

HOMBRE: Yo no. Ha sido la suerte..., la suerte que es como una ruleta, por favor, guárdela, mi general...

ANCIANO: La guardaré, la guardaré, haré de ti una funda.

HOMBRE: ¡Qué espada más bonita!

ANCIANO: Tú, ¡asqueroso tirolés! Tú...

HOMBRE: ¿Quieres jugar?

ANCIANO: ¿Qué...?

HOMBRE: La espada.

(El ANCIANO grita furiosamente y ataca al HOMBRE con la espada. El HOMBRE se escapa por la derecha. El ANCIANO y el ruido de los pasos se apagan lentamente. El MARIDO y la ESPOSA apagan todas las velas.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

(El escenario como en el acto primero. La mesa y las sillas no están. El HOMBRE, sin sombrero pero con la bufanda, tiene en sus brazos al NIÑO. El NIÑO es un hombre joven y de cara colorada, gordo. Su papel lo interpreta un actor mayor, no un niño actor. Por ello, el HOMBRE lo sujeta con dificultad, sudando y tambaleándose. El NIÑO viste un conjunto blanco, gorrito con pompón, que le tapa la cara, excepto nariz y ojos.)

HOMBRE: (Tararea.) "Aaa-dos gatitos..." Duerme ya. "Aaa-dos gatitos.. No duerme. (Con más irritación.) "Aaa-dos gatos..." ¿Comprendes, niño de la mierda? Un gato y otro gato son dos gatos. ¡Dos gatos! ¡Dos gatos! Aaa... Lo digo claramente, ¿no? (El NIÑO llora.) Nada, todo para nada. ¡Qué leche con este niño! Nunca creí que cuidar un niño fuera tan difícil. Y, si se piensa bien, no hubiera nacido si no fuera por mí. De alguna manera soy como su padre, bueno, menos que su padre, pero más que un padrino. A decir verdad, me siento como su tío. (El NIÑO llora.) ¡Cállate, sobrino! (El NIÑO llora cada vez más.) No se callará.

(La ESPOSA entra por la izquierda.)

ESPOSA: ¿Qué pasa aquí? ¿Por qué está todavía despierto?

HOMBRE: Eso quisiera saber yo. Hace una hora que lo tengo en brazos y ya me duele la columna.

ESPOSA: ¡Qué buena niñera hace usted! Toma al pequeño por...

HOMBRE: Pensaba cuidar a un niño, pero no a un gigante.

ESPOSA: ¡Me ofende! ¿Se da cuenta que se lo dice a la madre?

HOMBRE: A la madre del niño, a la madre del niño. ¿Y qué con eso? Desde el mismo momento de...nacer, no oigo más que "madre", "con la madre", "a la madre"... ¿Acaso tuvo usted un nacimiento immaculado? No veo ninguna dificultad en el nacimiento de un niño. Mi madre también lo ha pasado. ¡Y cómo! Hay que verme para darme la razón. Aunque a ella le salió mejor que a usted, claro. Por lo menos, si se compara el resultado.

(El NIÑO da una bofetada al HOMBRE.)

ESPOSA: ¡Qué bien educado!

HOMBRE: ¡Protesto! ¿Cómo se puede pegar a... su casi padre? (Pone al NIÑO en el suelo.)

ESPOSA: ¡Qué fuerza tiene! (Se pone de rodillas al lado del NIÑO y abraza.)

HOMBRE: ¡Oh, sí! Estoy de acuerdo con eso. (Aparte.) ¡Espera, niño, de la mierda! Nos veremos las caras.

ESPOSA: ¿Qué dice usted?

(El MARIDO entra por la izquierda.)

MARIDO: ¡Qué alegría ser un verdadero padre!

HOMBRE: Ahora empieza él.

MARIDO: ¡Qué maravillosa, y nueva, la palabra padre. Qué bien suena.

HOMBRE: Eso es. Lo esperaba.

MARIDO: Qué perspectivas se abren ante mí. Tener a quién dar mis

conocimientos y ni experiencia. Mi hijo, mi sangre, prolongaré mi nombre y mi cuerpo. Heredará mi talento, mi belleza, mi memoria, mi inteligencia, salud y aptitudes.

HOMBRE: No dice nada sobre su reuma.

MARIDO: Será igual que yo: bello, valiente, fuerte y razonable.

HOMBRE: ¿Y qué con la esclerosis, la caspa, la ictericia?

MARIDO: Continuaré mi obra en el punto que yo tenga que dejarla...

HOMBRE: ¿Qué obra?

MARIDO: ...y la pasará a los que vengan. Va a querer y desear, construirá y vencerá. Hará lo que yo no pude hacer en mi triste vida. Hay que ser sincero: mi vida no fue una maravilla. Y a veces me pregunto: ¿por qué he venido a este mundo?...

HOMBRE: No quieras para los otros lo que no quieres para ti.

MARIDO: ...Pero él realizará mis ilusiones. Será feliz en mi nombre. Y, claro, llevará mi nombre.

HOMBRE: Eso se llama aprovechar la ocasión.

MARIDO: ...Y de ese modo su futuro será la mejor disculpa por mi pasado.

HOMBRE: Amén.

MARIDO: (Se dirige al NIÑO.) Bienvenido, descendiente. ¡Te regalo la vida!

(El NIÑO grita.)

HOMBRE: Pobre niño. Parece que ha comprendido.

MARIDO: (Se arrodilla junto al niño.) ¿Por qué lloras?

ESPOSA: ¡No te acerques! Tiene miedo de ti.

MARIDO: ¿De mí? ¿Por qué?

ESPOSA: ¿No has oído hablar del complejo de Edipo? Tiene miedo de ti porque eres su padre. ¡No tienes vergüenza!... Molestar al niño... Y es tu padre.

MARIDO: Entonces, ¿yo tengo la culpa?

ESPOSA: Claro que sí. El tiene este complejo por tu culpa. (Se dirige al NIÑO.) ¿Verdad que tienes complejo? Chí-chí-chí. Tiene complejito, complejito...

MARIDO: ¿Y qué culpa tengo de ser su padre, si soy su padre?

ESPOSA: ¿Ves? Estás de acuerdo conmigo.

MARIDO: ¿Y por qué no? ¿Me puedes explicar cómo puedo ser padre del niño si no lo hubiera sido? Entonces preferiría no ser su padre.

ESPOSA: ¿Qué? ¿No quieres ser padre?

(Durante la conversación el NIÑO mira una vez al padre y otra a la madre, como en un partido de tenis.)

MARIDO: ¡Preferiría no ser su padre si fuera como tú! ¿Qué tonterías dices!

ESPOSA: ¿Quieres pelearme conmigo? ¿Con la madre de tu hijo?

- MARIDO: ¡No olvides que soy su padre!
- ESPOSA: ¡Y yo su madre!
- MARIDO: ¡Por suerte se parece a mí! ¡Es exacto! (Acaricia al NIÑO bajo la mandíbula.)
- ESPOSA: Te equivocas. Se parece a mí.
- MARIDO: Esos ojos, esa cara, no quiero dar más detalles... Soy yo, sin duda.
- ESPOSA: ¡Ja, ja! ¿Cómo puede tener tus ojos? Estás ciego. ¿Le deseas lo peor? Hay que estar ciego para no darse cuenta que esos ojos son los míos.
- MARIDO: Si tus ojos son como los míos, tienes razón. Pero no es así, él se parece sólo a mí.
- ESPOSA: Por suerte, hay otros que pueden opinar sobre este asunto. (Al HOMBRE.) Le ruego que se acerque.
- HOMBRE: ¿Qué quiere?
- ESPOSA: ¿Verdad que el niño se parece a mí?
- HOMBRE: Sin ninguna duda.
- ESPOSA: ¿No lo decía?
- MARIDO: (Se levanta.) Le ruego que lo vea con atención.
- HOMBRE: Oh, sí. De cerca se parece más a usted.
- ESPOSA: Pero, ¿qué dice?
- HOMBRE: Quería decir... que se parece a usted.
- MARIDO: ¿Es su última palabra?
- HOMBRE: No. Un momento. (Se arrodilla cerca del NIÑO para observarlo mejor. El NIÑO le tira de la nariz.)
- ESPOSA: ¿Y qué?
(El HOMBRE lo está observando.)
- MARIDO: ¿Entonces?
- HOMBRE: (Se aparta.) Desgraciadamente...
- MARIDO y ESPOSA: (Juntos.) ¿A quién se parece?
- HOMBRE: A mí.
- MARIDO: ¿Y con qué derecho?
- HOMBRE: Cómo con qué derecho. Yo también colaboré para que viniera al mundo.
- MARIDO: (A la ESPOSA.) ¿Qué significa eso?...
(Se oye la trompeta.)
- ESPOSA: ¡Es el abuelito! ¡Olvidé por completo que tenía quedarle el desayuno! ¡Tengo tantas ocupaciones como madre...!
- MARIDO: Qué bien. Se ha enfadado muy seriamente desde que nació el

niño. Se ha encerrado en su habitación y no sale ni a verlo.
Eso no es humano.

ESPOSA: Se cree que nos castigará de esa manera. ¡Ja, ja!

(Se oye la trompeta.)

MARIDO: Toca, toca. Es el último canto del viejo cisne. Ahora hay una nueva vida. (Prueba a levantar al NIÑO, pero no puede por el peso del NIÑO. Se frota la columna vertebral como si se diera un masaje. El NIÑO balbucea y extiende las manos hacia el lugar donde sale el sonido de la trompeta.)

ESPOSA: ¡Despertó al niño! ¡Viejo sinvergüenza!

HOMBRE: ¡Si ya no dormía!

ESPOSA: ¡Y se lo dice usted a la madre! Creo que la madre lo sabe mejor. (El NIÑO gatea hacia la dirección del sonido.) ¡Mirad, qué animado! ¡Qué grande...!

MARIDO: (Frotándose la columna.) No se puede negar.

ESPOSA: ¡Qué prodigio!

(El NIÑO balbucea y quiere separarse de su madre.)

HOMBRE: ¡Quiere tener la trompeta!

ESPOSA: Qué musical. (El NIÑO grita. La ESPOSA se dirige al MARIDO.) Vete al abuelo y pídele la trompeta para el niño.

MARIDO: No sé si estará de acuerdo. Toca porque tiene hambre.

ESPOSA: El niño quiere jugar. Mira cómo se impacienta.

MARIDO: No sé. Entre nosotros y el viejo todo ha acabado. No le pediré nada.

ESPOSA: ¿No lo vas a hacer? ¿Ni por tu hijo?

MARIDO: Puede ser peligroso cuando tiene hambre.

ESPOSA: ¿Has olvidado lo que hacen los pájaros por sus pequeñuelos?

MARIDO: Pero no tienen que buscar ninguna trompeta.

ESPOSA: ¡O la trompeta o yo! Quiero decir, yo y la trompeta, o..., o...

MARIDO: (Al HOMBRE) ¿Por qué no va a buscar la trompeta?

HOMBRE: Tengo miedo. El señor estaba últimamente enfadado conmigo.

MARIDO: No tiene importancia. Usted lo convencerá. Dígale que yo se lo ordeno.

HOMBRE: En tal caso estoy de acuerdo. (Golpea la puerta. Tras la puerta se oye un grito que semeja el rugido del león.)

MARIDO: ¿Por qué espera usted?

HOMBRE: No quisiera enfadarlo. ¿Quizá está desnudo?

MARIDO: He oído claramente que decía "Adelante".

HOMBRE: ¿Tenía un acento extraño, no?

(Repentinamente el MARIDO empuja al HOMBRE dentro de la habitación. Se oye un golpe y el HOMBRE sale corriendo.)

MARIDO: ¿Y qué?

HOMBRE: ¡No me dio nada!

MARIDO: ¿Le dijo que era para mí?

HOMBRE: No tuve tiempo.

MARIDO: (A la ESPOSA.) ¿Has visto? No se puede hacer nada.
(Sonido de la trompeta. El NIÑO grita.)

ESPOSA: Intenta algo. ¿O quieres que tu niño sufra un complejo?

MARIDO: ¡Ya lo tiene!

ESPOSA: No éste. Otro complejo. Al niño nose le puede negar nada.

MARIDO: Yo no le niego nada. El padre se lo negó.

ESPOSA: Eso es.

MARIDO: Eso quiere decir que mi padre me lo negó.

HOMBRE: Con permiso. No a usted, sino a mí.

MARIDO: Es igual. Se lo negó a usted por mí.

HOMBRE: Pero yo recibí el golpe.

MARIDO: ¿Quiere usted quitarme el complejo que tengo por parte de mi padre?

(Sonido de la trompeta. El NIÑO llora.)

ESPOSA: Dile que deje la trompeta y no ponga furioso al niño.

(Asomando por la pared se ve al ANCIANO hasta la cintura con gorro y uniforme. Toca la trompeta y se esconde tras el muro.)

MARIDO: ¿Has oído, papá? (El ANCIANO se asoma otra vez. Toca la trompeta y se esconde.) ¡Termina de una vez!

(El ANCIANO se asoma con la trompeta en la mano.)

ANCIANO: ¿Y por qué?

MARIDO: Porque el niño continúa llorando.

ANCIANO: Naturalmente. A él se le permite gritar y yo no puedo tocar la trompeta. ¿Cuál es mi nieto? ¡Aji! ¿Ese? ¡Qué feo!

ESPOSA: ¿Has visto ese monstruo? Es tu abuelo.

MARIDO: Al niño hay que consentirle todo.

ANCIANO: Será al revés. Yo fui el primero.

MARIDO: Pero el niño es el futuro, la vida.

ANCIANO: ¿Y yo qué, a la tumba? No lo esperéis. Yo viviré, aunque no os guste. (Toca la trompeta.)

MARIDO: ¡Deja de hacer ruido!

ANCIANO: El ruido es vida. Hacer más ruido significa vivir más.

- ANCIANO: ¿Quién está callado? El cadáver. Veremos quién es más importante. El cachorro o yo. (Toca la trompeta. El NIÑO grita. El ANCIANO toca más y más fuerte. El NIÑO grita más y más fuerte. Se oye la trompeta y los gritos del NIÑO.)
- ESPOSA: Si papá nodeja de tocar la trompeta se quedará sin desayuno.
- ANCIANO: Al revés. Si no se me da desayuno, no dejaré de tocar.
- MARIDO: Uno se va a volver loco. Tráele el desayuno, o no tendremos paz. (El NIÑO grita.) ¡Y tú déjate de gritar! ¿No llega la trompeta?
- ESPOSA: No le grites al niño.
- MARIDO: ¿Qué? ¿No le puedo gritar a mi hijo?
- HOMBRE: Permítame: el niño común.
- ANCIANO: ¡Bravo!
- ESPOSA: ¿Papá, por qué te metes?
- ANCIANO: Admiro el orden nuevo de esta casa. Desde el momento que habéis intentado renovar la sociedad hay mucho que ver.
- MARIDO: Son los inevitables del progreso. Gracias a ello conseguiremos nuevas ideas y nuevos descubrimientos para cada materia.
- HOMBRE: ¡Eso es! Por ejemplo, la canalización...
- ESPOSA: ¡Qué cosa! (Sale por la izquierda. El NIÑO se acerca al MARIDO y le tira por una pierna.)
- ANCIANO: ¡Tírale, tírale, nietecito!
- MARIDO: Me enfadaré contigo, ¿me oyes? ¡Estoy enfadado!
(Entra la ESPOSA por la izquierda.)
- ESPOSA: El desayuno no está.
- ANCIANO: ¿Cómo? ¿Qué no está?
- ESPOSA: Alguien se lo ha comido.
- ANCIANO: ¿Quién se ha comido mi desayuno? ¿Cuál es el culpable?
- ESPOSA: ¡Qué extraño! Ninguno de nosotros.
- MARIDO: ¿¿Quién pudo comerlo?
(Todos miran al HOMBRE.)
- HOMBRE: Sí que es extraño.
- MARIDO: ¿Extraño? ¿Y qué hay con su buen apetito?
- HOMBRE: Por eso es extraño. Porque yo no he sido.
- MARIDO: ¿Quién ha sido?
- HOMBRE: No lo sé. (Señala al NIÑO.) ¿Tal vez ha sido él?
- ANCIANO: ¿Qué? ¿Comió mi bistec?
- ESPOSA: Si él no tiene dientes. (Pone dos dedos en la boca del NIÑO.) No tiene dientecitos, dientecitos...

HOMBRE: Compruébelo.

MARIDO: ¿Usted sospecha que ese niño sin dientes se comió un trozo de buey frito? Se adelanta demasiado.

ESPOSA: ¡Aaaa! (Gritado dolor.)

MARIDO: ¿Qué pasó?

ESPOSA: Me ha mordido.

ANCIANO: ¡Ja, ja! Así es mi nietecito. Enséñale lo que sabes.

MARIDO: ¡Le salen los dientes! ¡A mi hijo le salen los dientes!

ESPOSA: ¡Mi dedo!

HOMBRE: Eso es una tontería. En el zoo se han visto más cosas. Recuerdo una vez que trajeron un cocodrilo...

ANCIANO: ¡El se comió mi desayuno! ¡No se lo perdonaré!

ESPOSA: No te enfades, papá. Creo que debías estar contento con que el niño tenga apetito...

HOMBRE: ¿Y no he dicho que se parecía a mi? Yo también tengo apetito.

MARIDO: No hay que olvidar que el niño se desarrolla a cada momento. (Al NIÑO.) Enséñame tus dientecitos.

(Destapa la cara del NIÑO. El NIÑO enseña unos dientes demasiado grandes, dientes de vampiro.)

HOMBRE: Les doy la razón. Esto es superior a lo que he visto en el zoo.

MARIDO: (Muy confuso. A la ESPOSA.) Creo que los tiene demasiado largos, ¿no es así?

ESPOSA: Ten cuidado, muerde.

MARIDO: ¿A mí? Imposible. Tal vez a ti, pero a mí, no. (Al NIÑO) Dime, ¿a quién quieres más, a papá o a mamá?

(El NIÑO gruñe e intenta morder al padre en la nariz. El MARIDO se escapa en el último momento.)

ESPOSA: ¿Has visto?

MARIDO: Eso no es normal.

ESPOSA: ¿Y esa anomalía, a quién se la debe?

MARIDO: Por mí, no, seguro. Yo también he sido joven. Y tuve dientes, pero los que le han salido a él...

ESPOSA: ¿Quizá se le caigan solos?

MARIDO: ¿A su edad? Hay que esperar por lo menos cinco años.

ESPOSA: ¿Qué haremos?

MARIDO: Tenemos que pensar en su futuro. Darle unos principios elementales, antes de que sea tarde. El se desarrolla muy pronto. (El NIÑO se escapa.) ¡Cogerle!

HOMBRE: (Sujetándolo.) ¡Da patadas!

MARIDO: No deje que se escape. Lo educaremos en seguida.

(El NIÑO intenta escaparse.)

HOMBRE: Parece que no quiere.

MARIDO: Precisamente por eso no hay tiempo que perder. Hay que educar al niño desde ahora. (A la ESPOSA.) ¿Por dónde empezaremos?

ANCIANO: ¿Ya sabe rezar?

MARIDO: ¿Rezar? Nunca. Mi hijo estará libre de prejuicios y supersticiones medievales. El despotismo ilustrado es mi programa.

(Se lo repite al NIÑO.)

ANCIANO: ¿Qué será de su alma?

MARIDO: ¿Qué alma? (Con orgullo.) Mi hijo no tiene alma.

ANCIANO: Es verdad. Se comió mi desayuno.

ESPOSA: No estaría de más, por si acaso...

MARIDO: Sin más comentarios. Fuera con la ignorancia.

HOMBRE: Fuera!

MARIDO: Lo educaremos según el espíritu del progreso y la democracia parlamentaria.

HOMBRE: ¿Con esos dientes?

MARIDO: ¿Y para qué sirve la ciencia? Lo enviaremos al dentista, para que se los corte. La ciencia y la técnica vendrán en ayuda de la sociedad futura. Los instintos primitivos perderán en la lucha contra la ciencia. Sus dientes le ayudarán en la campaña electoral.

ANCIANO: Yo soy partidario de la vieja escuela. El orden y la disciplina nunca están de más. Dios, honor, patria. Respeto a los mayores, a la tradición...

MARIDO: ¿Y qué más? ¿Tal vez castigarlo a una paliza?

ANCIANO: ¿Por qué no? Si lo merece... ¿Recuerdas cómo te pegué en una ocasión que me dijiste una palabrota? Espera, ¿Qué palabra era...?

NIÑO: (Con voz grave.) Mierda.

ANCIANO: (Como soñando.) Sí, sí... (Reflexiona.) ¿Qué? ¿Qué ha dicho?

ESPOSA: ¡Ya habla! ¡Sabe hablar!

MARIDO: (Al NIÑO.) ¿Qué es eso?... Esas palabrotas en mi presencia...

(El HOMBRE hace gestos al NIÑO para que se calle.)

ESPOSA: (Al NIÑO, cariñosamente.) ¿Por qué no has hablado antes?

MARIDO: ¿Quién te enseñó eso?

ESPOSA: Seguramente la niñera. (Todos miran al HOMBRE.)

MARIDO: ¿Fue usted?

HOMBRE: Yo no le enseñé nada. Hemos hablado sólo para matar el tiempo.

ANCIANO: Tengo ganas de pegarles a los dos.

MARIDO: Oh, no. En mi casa no se obliga a nadie a nada. No existe represión. Hablaré del asunto sinceramente con mi hijo.
(AL HOMBRE.) Con usted hablaré después. (AL NIÑO.)
Escúchame. Vivimos en tiempos de igualdad de derechos. Pero eso no significa que puedes hacer todo lo que quieres. Elementales leyes de convivencia te imponen abandonar tus caprichos y controlar tus actos. Si te entran ganas de decir una palabra que no se debe decir en presencia de mayores y, sobre todo, delante de tu padre, no lo hagas, o dila muy bajita. Yo lo hacía así a tu edad y mi padre nunca oyó nada.

ANCIANO: Ajá, desgraciado. Me enganaste.

MARIDO: Tienes que darme la razón, papá. No oías nada.

ANCIANO: Pero tú me prometías que no repetirías esas palabras.

MARIDO: Nada de eso. Sólo te prometía que no lo diría en voz alta.

HOMBRE: Yo siempre las digo en voz alta. Porque yo soy libre, anar... (Se tapa la boca con una mano.)

MARIDO: Entonces reconoce su culpa.

ESPOSA: ¿Y qué será del niño?

MARIDO: ¡Usted hace inmoral mi descendencia!

ANCIANO: ¡Ya lo dije, pegarle!

MARIDO: Suya es la culpa. Quién sabe, tal vez tiene esos dientes también por su culpa...

ESPOSA: (AL MARIDO.) ¿Cómo te atreves...?

MARIDO: Sí. Todo por su culpa. Desde que entró en nuestra casa...

ANCIANO: ¡Todo por su culpa! ¡Me engañó! Si aquel día no me hubiera echo correr hacia el otro lado de la ciudad...

HOMBRE: Usted, mi general, lo hizo por propia voluntad.

MARIDO: Usted ha traído a esta casa palabrotas, ideales enfermos, anarquía.

HOMBRE: Y quién me...

MARIDO: (Sin dejarle hablar.) ¡Hizo trampas a los naipes!

HOMBRE: Y a mí quién me...

MARIDO: ¡Usted soñó tonterías!

ESPOSA: ¡A él no le gustan los niños!

MARIDO: ¡Usted dormía con mi pijama!

ESPOSA: ¡El no respeta a la madre!

MARIDO: ¡Usted roncaba!

ESPOSA: ¡El come demasiado!

MARIDO: ¡Usted me dará cuentas de esto!

ANCIANO: ¡Pegarle!

(El MARIDO y la ESPOSA se preparan para pegarle al HOMBRE. El HOMBRE se escapa. Mientras tanto, el NIÑO se levanta, se pone de pie, corre y salta repentinamente a la espalda del MARIDO.)

ESPOSA: ¡Mirad! ¡Ya sabe andar!

MARIDO: ¿Qué es esto? Baja de mi espalda inmediatamente.

HOMBRE: Gracias, nene. Querían pegarle a tu vieja niñera.

MARIDO: ¡Bájate, te lo ordeno!

HOMBRE: ¿Por qué? ¡Qué bien está usted con el niño!

ESPOSA: Qué tipo tan deportivo el de mi niño...

MARIDO: ¡Sacadlo!

ESPOSA: ¿Desprecias a tu hijo?

MARIDO: ¡Me ahoga!

ESPOSA: (Cariñosamente.) Hijito, no ahogues a papá.

(El NIÑO aprieta el cuello del MARIDO, lo golpea con los pies. El MARIDO corre alrededor como un caballo.)

ANCIANO: ¡Paso! ¡Hop-hop-hop!

MARIDO: Oh, mi corazón.

ANCIANO: ¡Ahora al trote! ¡Hop-hop-hop!

MARIDO: ¡Hacer algo! ¿No véis que me va a matar?

ANCIANO: ¡Corre! ¡Hop-hop-hop!

MARIDO: (Acercándose al HOMBRE.) ¡Ayúdeme!

HOMBRE: Voy a pensarlo. De momento, no se preocupe.

ESPOSA: ¡Que no se caiga!...

MARIDO: (Acercándose a la ESPOSA.) ¡Ayúdame!

ESPOSA: Hijito, más despacio. Te vas a caer.

MARIDO: ¡Socorro! ¡Me muero! Oh, mis piernas... ¡Papá!

ANCIANO: ¡Al galope!

MARIDO: (Se para ante el ANCIANO como si lo hiciera ante una tribuna.) ¡Papá!

ANCIANO: ¿Me has llamado?

MARIDO: ¡Sácalo de mi espalda!

ANCIANO: ¿Qué? ¿Quieres que te separe de tu propio hijo? ¿Para

ANCIANO: qué lo has hecho?

MARIDO: Yo, nunca más, te lo prometo.

ANCIANO: ¿Para qué querías tener un niño? ¿No te basta con tenerme a mí?

MARIDO: ¡Sácalo!

ANCIANO: ¡Sácalo tú solo!

MARIDO: ¡Si es más fuerte que yo!

ANCIANO: ¿Y yo? Yo, según vosotros, soy un pobre anciano, débil, un monumento del pasado.

MARIDO: Oh, no. Papá, le vencerá. Yo creo en papá.

ANCIANO: Hmm, así es mejor. Es verdad, no soy joven, pero aún tengo fuerza.

MARIDO: ¡Sí! ¡Papá es el más fuerte!

ANCIANO: Pero tengo ideas viejas. Soy, según vosotros, senil y tonto. ¿No es verdad?

MARIDO: Oh, no. Papá es un sabio.

HOMBRE: ¿Qué oigo?

ANCIANO: Entonces, ¿dices que todavía sirvo para algo?

HOMBRE: ¡Esto es una traición!

ANCIANO: Ajá. Se acuerda de un viejo padre.

MARIDO: Papá, papáito...

ANCIANO: Aún me quedan sentimientos paternales.

MARIDO: Tu hijo te llama.

HOMBRE: ¡Usted traiciona nuestra revolución!

ANCIANO: Más de una vez has sido rebelde. Pero ahora, cuando te veo así... Al fin, mi sangre...

MARIDO: ¡Ah, sí, sí! Seré bueno. ¡Ayúdame, papá, acabemos con este bárbaro!

ESPOSA: ¡Cómo le llamas a tu hijo!

MARIDO: ¿Qué crees? ¿Qué lo voy a alabar aún encima de lo que hace conmigo?

ESPOSA: Egoísta. Eres como todos los hombres. Recuerda, hijito, sólo el corazón de una madre...

ANCIANO: Déjame aquí.

MARIDO: Oh, gracias, papá.

HOMBRE: He dicho que no se puede confiar en un liberal.

ANCIANO: Yo haré de él un hombre. Le enseñaré a rezar. El orden, la disciplina, la honestidad, eso le enseñaré. Respeto a los mayores, modestia y obediencia.

ESPOSA: ¡No tienes derecho!

ANCIANO: Tengo un remedio. (Saca la espada.)

MARIDO: ¡Me marchó!

HOMBRE: ¡A las armas! ¡La revolución peligra! (El ANCIANO mueve la espada y toca la trompeta. El MARIDO sale con el NIÑO a sus espaldas. Detrás de él la ESPOSA. El ANCIANO se esconde...) ¡A las armas. Ah, sí, dónde estará mi maleta. Será mejor empaquetar las cosas, por si acaso. (Tras el escenario se oyen ruidos fuertes de lucha.) Sí, mejor hacerlo así, sin ninguna duda. (Más ruido.) Siento lástima por el niño. Es tan agradable. Pero desde que el anciano se empeñó en educarlo ya no tengo ninguna posibilidad de cambiarlo. Adiós a las esperanzas de la libertad y de un nuevo orden. No tengo nada que hacer en este mundo donde la violencia aplasta a la inocencia y la primavera no llega a madurar. Donde el invierno empieza en mayo. Hay que salvar lo que se puede, es decir, mi independencia. El mundo entero puede gemir bajo la opresión, pero nada sofocará mi libertad, porque está en mí, aquí. ¡Oh, aquí! (Se golpea en el pecho.) Soy el recipiente de un ídolo. Y tengo que salvar al ídolo, es mi obligación. Cumpliré con mi obligación hasta el final, contra todas las oposiciones. Me marcharé, llevando al ídolo conmigo. ¿Pero a dónde? Veremos. Tal vez en algún anuncio... (Saca un periódico del bolsillo, lo extiende, lee.) ..."Habitación subarrendaría en el centro..." No, no es eso. No me gusta el centro. (El ruido tras la pared se apaga.) Se acabó todo. Hay que darse prisa. "Habitación grande y con sol, cuarto de baño"... Ah, tiene cuarto de baño. ¡Qué maravilla! "...en familia con sanos principios alquilaría a hombre responsable..." Algo para mí... ¿Cómo? ..."el pago adelantado..." Equivocación. Hay que buscar otra cosa.

(Entra la ESPOSA. El HOMBRE esconde el periódico en un bolsillo.)

ESPOSA: ¿Puede prestarnos su maleta?

HOMBRE: ¿Cómo?

ESPOSA: Nos vamos al campo.

HOMBRE: Cómo. Por qué... ¿Ya tienen vacaciones?

ESPOSA: Este año nos vamos antes.

HOMBRE: Comprendo. El niño necesita aire puro, descanso. Y, después de todo, que pasó...

ESPOSA: Aún tenemos que pedirle algo más.

HOMBRE: Dígame, dígame.

ESPOSA: Que cuide la vivienda durante nuestra ausencia.

HOMBRE: Pero yo...

ESPOSA: Aquí tiene las llaves. (Le deja un manojó de llaves y sale.)

HOMBRE: Pero yo... ¡yo también salgo! No me quedaré solo con ese viejo asqueroso. ¡Oh, no! Mejor vivir bajo un puente que quedarse con él. Me daría una lección si me encuentra ahora. No puedo exponer mi ídolo. ¡Soy un anarquista libre! ¡La maleta! ¡Mi maleta! (Sigue hacia adelante pero se para ante la puerta.) No. Prefiero no verlo. Podía enfadarme y también a mi ídolo. Ahora, cuando lo he

HOMBRE: perdido todo, tengo que pensar en mi honor. Es mi obligación. Pero la maleta... Al diablo con la maleta. Me escaparé, así, sin nada. (Se dirige a la derecha. Entran el MARIDO y la ESPOSA. Traen al ANCIANO sobre una camilla. El ANCIANO viste el uniforme, pero sin sombrero. Tiene un vendaje alrededor de la cabeza. A los pies del ANCIANO está la maleta del HOMBRE.) ¿Qué? ¿El viejo caballero también sale?

ESPOSA: Llevamos al abuelito con nosotros.
(Ponen la camilla en el suelo.)

HOMBRE: Es imposible... es imposible... ¡Qué pequeño más audaz!

ESPOSA: Siento mucho que tengamos que dejarlo solo.

HOMBRE: ¡No importa! ¡No importa!

ESPOSA: Puede disponer de la vivienda entera. Por favor, riegue las flores y tenga cuidado con el gas, que no se escape.

HOMBRE: ¡Oh, pueden estar tranquilos! ¿Se van por mucho tiempo?

ESPOSA: Todavía no lo sabemos.

MARIDO: Sí, por mucho tiempo.

ESPOSA: Por bastante tiempo...

HOMBRE: Oh, les quiero decir que no tengan prisa. Que se queden tanto tiempo como quieran.

ESPOSA: Es usted muy amable.

HOMBRE: De nada.

ESPOSA: Esperamos que se encuentre como en su casa.

MARIDO: (Mirando con impaciencia.) Vámonos ya.

ESPOSA: El gas. Tenga cuidado con el gas.

HOMBRE: No se preocupe.

MARIDO: Adiós. (Le da la mano para despedirse sin mirarle a los ojos. Se estrechan las manos.)

HOMBRE: Adiós. Si un día me necesitan...

MARIDO: (Con prisa.) Oh, no, no lo creo.

ESPOSA: Adiós. (Da la mano al HOMBRE.)

HOMBRE: Adiós.

ESPOSA: Nos vamos a cartear.

MARIDO: Vámonos ya.

HOMBRE: Espero una postal bonita, con mar o montañas.

MARIDO: ¡Vamos! ¡Vamos! (Cogen la camilla.)

ESPOSA: Un momento. El abuelito quiere decir algo.

(Ponen la camilla en el suelo. El ANCIANO se apoya con un codo. Mueve la mano con dificultad y amenaza al HOMBRE. Después se queda sin fuerzas. El MARIDO y la ESPOSA cogen la camilla y salen por la derecha. El HOMBRE hace gestos con la mano, como si estuviera en una estación y se despidiera de alguien. Después se da la vuelta y corre hacia la puerta, la abre y saca al escenario la cama grande del segundo acto. La cama tiene encima una colcha de color púrpura. Se tumba encima de la cama sin sacar los zapatos. Saca el periódico del bolsillo y lo rompe con prisa. Saca las llaves y juega con ellas un momento.)

HOMBRE: Adiós, adiós... (Se mete las llaves en el bolsillo, se estira y bosteza, se da la vuelta, se tumba cómodamente. Sobre el escenario cae la trompeta, tirada por encima de la pared. El HOMBRE se levanta.) ¡Eh, ten cuidado! (Sobre el escenario cae la espada.) El HOMBRE se levanta rápidamente.) ¡Ten cuidado, te digo! (Sobre el escenario cae el sombrero con plumaje.) ¡Quieto! (Aguarda un momento, después se tumba.) ¡Ah. ¡Ya se calmó! (Mueve la almohada y en esta ocasión encuentra un cigarro. Lo fuma. Pausa.) Por qué estará tan silencioso... (Repentinamente se sienta en la cama.) Mala señal cuando los niños están silenciosos. Eso es que han hecho algo malo. ¿Qué estás haciendo?... Ha hecho algo y por eso no contesta. Algo rompe o ensucia. ¡Te ordeno que termines...! ¿Me oyes? ¡Déjalo!... (Se sienta sobre la cama.) Dios me castigó con este niño. Tengo que vigilarlo o lo ensuciará todo. ¡Termina de una vez! ¿Dónde estás?... (Se levanta de la cama, sale, entra otra vez.) ¿Dónde estás? ¿Tal vez en la cocina? Iré a ver, no se le vaya a ocurrir abrir el gas. ¡Al fin es mi vivienda! (Sale por la izquierda. Silencio. Explosión tras el escenario. La luz se apaga. Silencio. Pequeña claridad sobre el escenario. El NIÑO entra por la izquierda, con la bufanda del HOMBRE en la mano.)

NIÑO: ¡¡¡Mamaaa!!!...

T E L O N
- - - - -

Seminario Multidisciplinario
José Emilio González

SMJEG

Facultad de Humanidades
CPT-RP

1306389